



V Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales (23 de mayo de 1971)

Queridos hermanos e hijos y todos vosotros, hombres de buena voluntad:

"Los medios de comunicación social, al servicio de la unidad de los hombres": éste es el objetivo que la Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales propone este año a vuestra reflexión, a vuestro estudio, a vuestros encuentros, a vuestra oración, a vuestra acción.

¿Quién no desearía, de todo corazón, ver fomentada con más eficacia la unidad de la familia humana? Los hombres, ¿no han tomado conciencia de la solidaridad que los une, tanto en la vida diaria como en los momentos excepcionales, de cara a las proezas científicas como a las calamidades naturales? Los hombres parecen decididos a ensanchar, a toda costa y sin cesar, los círculos en que se anudan colaboraciones fecundas y pacíficas, en los distintos planos: económico y social, cultural y político, sin perder, en cambio, la riqueza de tantas particularidades multiformes. ¿Sería, pues, utopía proyectar una familia humana universal, en la que cada hombre sea el ciudadano hermano? (cf. *Populorum Progressio*, n. 79). En todo caso, la convicción del cristiano está bien apuntalada: "Dios... ha querido que todos los hombres constituyan una sola familia y se traten mutuamente como hermanos. Todos, en efecto, han sido creados a imagen de Dios... y todos están llamados a una sola e idéntica meta que es Dios mismo" (GS 24, § 1). Por lo demás, la solidaridad en la vocación del primer hombre, y, luego, en su pecado, se vive y aparece ahora reforzada en Cristo: por su cruz, ha derribado el muro que separaba a los pueblos reconciliándolos con Dios (cf. Ef 2, 14), y por su resurrección, ha derramado su Espíritu de caridad en el corazón de los hombres, convocando a los hijos de Dios dispersos para formar en él un solo Pueblo, un solo Cuerpo.

Clarificar e interpretar en profundidad la realidad del mundo

Sufriría una gravísima equivocación quien infravalorara las fuerzas de las tensiones trágicas entre estamentos sociales, entre sociedades y personas, entre países industrialmente desarrollados y países del Tercer Mundo, entre prosélitos de sistemas ideológicos o políticos antagónicos. Los conflictos, al suscitar a menudo una mayor resonancia a través del mundo, continúan creando fosos peligros que se traducen -ies una pena!- en actos de violencia y en situaciones de guerra. Ante

estas manifestaciones de oposición y desgarramiento entre los hombres y entre los pueblos, no se puede esperar, ciertamente, de la prensa, de la radio, de la televisión, del cine, que los minimicen o los pasen en silencio.

La Iglesia, aún sufriendo ella misma tensiones, incluso divisiones en su seno, no da lugar al descanso hasta que realice visiblemente esa unidad, entre sus hijos de cualquier lengua, de cualquier nación, de cualquier medio social y profesional que sean. Al hacer esto, tiene conciencia de ser un signo profético de unidad y de paz para el mundo entero (cf. Is 11, 12).

Surge, entonces, una cuestión: los medios de comunicación social, cuya importancia crece hasta el punto de estar casi omnipresentes en la cultura moderna, ¿van siendo, a su nivel, medios privilegiados para promover esa unidad, esa fraternidad, es decir, ese respeto comprensivo, ese diálogo abierto, esa colaboración confiada, en un mundo en que los problemas devienen enseguida planetarios?

¿No está, más bien, su papel en poner en claro todos los aspectos de la realidad, incluidos los más trágicos, intentar una aproximación a esa realidad cada vez más profunda y más objetiva, en que, por desgracia, se lee la miseria, o se expone el pecado de egoísmo, en una palabra, las múltiples heridas que sangran en el corazón de la gran familia humana; pero también aquella en que aparecen las realizaciones positivas, los signos de renovación, los motivos de esperanza?

Así, pues, ¿quién osaría negar la tentación de utilizar esos medios poderosos audiovisuales, de tan hondo impacto, para agravar, radicalizándolas más, las tensiones, las oposiciones y las divisiones, llegando hasta desanimar a muchos hombres de buena voluntad en sus intentos, imperfectos sí, pero generosos, de unión y fraternidad?

Este riesgo es necesario denunciarlo con fuerza y afrontarlo con valentía. ¿Quién, por el contrario, negará las inmensas posibilidades demasiado poco exploradas aún, de esos maravillosos medios de comunicación social para hacer que los lectores, los oyentes, los espectadores adquieran conciencia de los verdaderos problemas de los demás?, ¿para ayudar a los hombres a conocerse mejor y apreciarse más dentro de sus diversidades legítimas?, ¿para superar, con comprensión y amor, las barreras de todas clases?; más aún, ¿para sentir, por encima de tantos obstáculos, la solidaridad real que nos sitúa a todos, los unos con los otros, los unos para los otros, en la búsqueda del bien común de la gran comunidad de los hombres? (cf. Alocución a la Asamblea General de la ONU en Nueva York, 4 de octubre de 1965, en AAS, t. LVII [1965], p. 879/884). Va en ello el mismo futuro del hombre, "hacia el cual todo está orientado en la tierra, como a su centro y su cima" (cf. GS 12).

Buscar la verdad en la libertad

Para que así sea, juntad vuestros esfuerzos, artífices y beneficiarios de los medios

de comunicación social, en todas partes y a todos los niveles de participación y responsabilidad. Rechazad todo lo que rompa el verdadero diálogo entre los hombres, todo lo que encubra los deberes y derechos de cada uno, todo lo que atice la incomprensión, el odio, y todo lo que aparte de la paz y de una fraternidad siempre más extendida y de la verdad buscada en la libertad.

Finalmente, se nos plantea a cada uno de nosotros esta grave cuestión: ¿qué es lo que tú buscas?, ¿qué quieres?, ¿comprendes que eres un hermano para tus hermanos?, ¿sí o no? Porque si la comunicación no es ya por sí misma una comunión, puede ser el camino privilegiado para alcanzarla.

Hacia la gran comunidad de los hombres

En cuanto a vosotros, hermanos e hijos cristianos, os pedimos particularmente que reflexionéis y oréis, y también que pongáis decididamente, con discernimiento y coraje, todos los medios que vuestra competencia y celo os sugieran para que desenredéis la trama de tantos hilos entrecruzados y a veces enredados, y entretejáis con ellos un mundo de hermanos y de hijos de Dios. "Dominando todas las fuerzas disolventes de contestación y de confusión, es necesario construir la ciudad de los hombres, una ciudad cuyos cimientos duraderos son el amor fraternal, tanto entre razas y pueblos, como entre clases sociales y generaciones" (Discurso a la Organización Internacional del Trabajo, Ginebra, 10 de junio de 1969, n. 21 en AAS, t. LXI [1969], p. 500).

A todos los que trabajan en los medios de comunicación social con el fin de realizar la aspiración del hombre conforme al designio de Dios, de todo corazón les damos una amplia bendición apostólica.

Vaticano, 25 de marzo de 1971.

Paulus pp. VI